

## Un año sombrío

El panorama internacional del año 2001 fue sombrío. Desde sus primeros meses, una fuerte desaceleración afectó la economía de los Estados Unidos y de las otras potencias industrializadas. En la segunda mitad del año, esa tendencia se agravó y se convirtió en recesión global, inconfundible y alarmante.

En el plano político, esa contracción del proceso productivo coincidió con el ascenso del conservador George W. Bush a la presidencia de los Estados Unidos, en un ambiente de serias dudas en cuanto a la transparencia y la legalidad de su elección. El nuevo gobierno norteamericano causó desagrado internacional por su actitud nacionalista y unilateral, manifestada por su rechazo a varios importantes compromisos multilaterales en materia de desarme, protección ambiental, y derecho internacional penal y humanitario. Su empeño en resucitar el concepto estratégico de la "guerra de las galaxias" (escudo nacional anti-misiles en lugar de mantenimiento del compromiso anti-misiles internacional) constituyó el motivo de fricción más resaltante.

Entretanto, Europa Occidental trataba de frenar su evolución económica recesiva y, al mismo tiempo, seguía trabajando en las tareas de completar su proceso integracionista y de avanzar (lentamente) en dirección de su ampliación hacia Europa Centro-Oriental. Al mismo tiempo, otros dos centros geopolíticos de cierta importancia —Rusia y China— marcaron avances hacia mejores condiciones internas y hacia una presencia más relevante en el plano internacional. (En medio de un panorama general deprimido, acaso las evoluciones de esos dos gigantes euro-asiáticos constituyeron los únicos fenómenos relativamente alentadores).

El foco de tensiones y de odios que representa el conflicto palestino-israelí se volvió cada vez más explosivo a lo largo del año. La "intifada" y los atentados terroristas de grupos árabes ra-

dicales provocaron un contra-terrorismo israelí, muy acorde con la ideología derechista del actual primer ministro del estado judío.

En América Latina, la violencia y el proceso de paz colombianos, la iniciación de los gobiernos de Fox en México y de Toledo en Perú, la grave crisis financiera argentina y las dificultades económicas del Brasil (con efectos negativos sobre Mercosur y la integración latinoamericana en general), constituyeron los acontecimientos más relevantes. El gobernante venezolano, Hugo Chávez Frías, llamó la atención internacional principalmente por algunos gestos desafiantes y contradictorios, que paulatinamente le hicieron perder prestigio ante la comunidad mundial y hemisférica, y ante su propio pueblo.

## La guerra contra el terrorismo y los talibán

Durante todo el mes de octubre y la primera semana de noviembre de 2001, el presidente norteamericano George W. Bush y el primer ministro británico Anthony Blair, con sus respectivos gabinetes, trabajaron en la preparación de una acción militar y policial que golpeará a la organización terrorista transnacional Al-Qaeda, dirigida por el fanático árabe saudita Osama Bin Laden, identificado por los servicios de inteligencia occidentales como principal responsable de los mortíferos ataques del 11 de septiembre contra Nueva York y Washington. Fuerzas navales y aeronavales de las dos potencias anglosajonas fueron llevadas al Golfo Árabe-Pérsico y al Océano Índico, y unidades de tropas especiales estadounidenses y británicas se adiestraron para entrar en acción en Afganistán, donde el régimen clérico-fascista de los talibán brinda protección a Bin Laden y su gente.

En el plano político y diplomático, las dos potencias tomaron medidas que, hasta el momento, fueron bien maduradas y estuvieron coronadas de relativo éxito. En primer término, Bush y Blair, hicieron lo posible para establecer una tajante distinción entre el terrorismo fundamentalista y el Islam como religión y cultura, a

fin de frustrar la intención de los extremistas de todo tipo –ya sean musulmanes, cristianos o judíos– de provocar, a raíz de los atentados ocurridos, una guerra mundial entre civilizaciones. Dentro del mismo orden de ideas, el primer ministro del Reino Unido emprendió una larga y fructuosa gira por los países musulmanes del mundo en busca de apoyos políticos y militares a la acción bélico-policial que se preparaba. Al mismo tiempo, la diplomacia norteamericana, asistida por la inglesa, trabajó intensamente para perfeccionar la unidad de la OTAN contra el enemigo terrorista y recabar el apoyo y patrocinio de la Organización de las Naciones Unidas. Igualmente se buscó –y se obtuvo– el respaldo de Rusia, de China y del Japón a las operaciones contra Al Qaeda y el régimen talibán.

El 2 de octubre, la OTAN, por unanimidad y por primera vez en su historia, constató que existía un caso de agresión que requería la acción defensiva conjunta de todos sus miembros. El presidente ruso Vladimir Putin declaró que las fuerzas militares de su país apoyarían la acción armada occidental (a cambio de ello, Estados Unidos retiró su velado respaldo al secesionismo checheno, y prometió que llevaría adelante su controvertido proyecto de escudo anti-misiles en estrecha consulta con Moscú, y efectuaría substanciales gestos de compensación en diversos ámbitos. Como un acto inmediato de buena voluntad hacia el amigo y aliado norteamericano (desde la Segunda Guerra Mundial no ha habido armonía tan grande entre las dos potencias), Putin ordenó desmantelar la base de escucha electrónica que Rusia mantenía en Cuba, y que representaba un posible riesgo para la seguridad estadounidense. Sin embargo, aún sin contraprestaciones norteamericanas, Rusia y las pequeñas repúblicas ex-soviéticas de Asia Central (Kazajistán, Turkmenistán, Uzbekistán, Tayikistán y Kirguistán) coinciden con el Occidente en el empeño de frenar al fundamen-

talismo islamista que agrede y amenaza sus propias estructuras estatales.

Asimismo, el gobierno de Pekín tiene interés en colaborar con Estados Unidos y la OTAN en su lucha, ya que también él se siente amenazado por el fundamentalismo que realiza atentados terroristas y separatistas en las provincias musulmanas del lejano occidente de China. Pero al igual que el presidente Putin, también el presidente Jiang ha logrado aprovechar la ocasión para recibir gestos de reconocimiento norteamericanos: en este caso, referidos al comercio internacional y a la interpretación china de los derechos humanos. Japón, a su vez, se ha aproximado decisivamente a la alianza anti-terrorista occidental: su parlamento acaba de reformar la constitución del país para permitir que las fuerzas armadas niponas participen en una acción militar-policial internacional que no ha sido específicamente ordenada por la ONU, sino solamente aprobada por ella.

En Europa, además del Reino Unido, también Francia, Alemania e Italia han decidido enviar tropas a Afganistán para prestar apoyo táctico o logístico a las unidades norteamericanas y británicas. Buena parte de la población de dichos países no comparte la decisión de sus gobiernos y parlamentos. Los sectores progresistas europeos tienden a sentir un rechazo visceral y automático a cualquier intervención armada norteamericana contra gente del Tercer Mundo: y en el pasado generalmente tenían razón. Los demócratas sociales y progresistas de todos los países nos hemos opuesto en muchas ocasiones a manifestaciones violentas de predominio imperial por parte de la principal superpotencia y hemos defendido los principios de la no intervención, de la autodeterminación de los pueblos, de la igualdad jurídica de los estados, y de la solución pacífica de las controversias internacionales.

Hemos luchado contra el colonialismo y el neocolonialismo, y contra las injusticias estructurales inheren-

tes al actual orden económico internacional. Por ello, a una parte de nuestros compañeros de lucha le resulta difícil entender que esta vez las cosas son distintas: en la actual coyuntura política mundial, Estados Unidos y la OTAN no se enfrentan represivamente a un “pueblo oprimido”, sino a una *fuerza transnacional fascista* muy sofisticada, rica y bien conectada, que está empeñada en tratar de anular todos los logros progresistas de la historia, tanto occidental como musulmana, a lo largo de los pasados 1.500 años, y en erigir la dictadura totalitaria de una minoritaria élite clerical y oligárquica. No dudamos de que esa fuerza ultra-reaccionaria pueda tener sus ramificaciones en Occidente, y en los propios Estados Unidos, donde no faltan los grupos demenciales de ultra-derecha “cristiana”, “patriota” o “libertaria” (como los que volaron el edificio federal de Oklahoma), que tal vez estén dispuestos a reparitarse el dominio del mundo con el señor Bin Laden. Sea como fuere, en esta ocasión los gobiernos de Washington y de Londres, debidamente representativos de los pueblos que los eligieron, ejemplifican los valores básicos de toda ética y toda civilización frente a un enemigo comparable al que el mundo libre enfrentó en 1939. Los que hoy (de buena fe) piden la “paz” con Al Qaeda y los talibán, son objetivamente similares a los entreguistas que quisieron “apaciguar” al dictador nazi en la conferencia de Munich.

En la segunda semana de noviembre, desde luego, la situación mundial se aclaró parcialmente por efecto de la fulminante ofensiva de la Alianza del Norte (islamistas más moderados y abiertos que los talibán), apoyada logística y tácticamente por las potencias y por los gobiernos de las repúblicas centro-asiáticas pertenecientes a la CEI post-soviética. Ya han tomado y liberado del yugo obscurantista a Kabul, capital de Afganistán. Se perfila la esperanza –que el autor de este artículo voceó unos meses atrás con motivo de la destrucción de las

estatuas del Buda por los talibán— de que éstos, junto con Bin Laden y sus seguidores, sean derrocados y barriados por los propios musulmanes.

### **América Latina en tiempos de crisis**

Durante los meses de octubre y noviembre de 2001, Argentina se hundió cada vez más en su crisis financiera. El presidente Fernando De la Rúa y el ministro Domingo Cavallo han realizado esfuerzos sostenidos por convencer a los gobernadores de las provincias y a los más diversos elementos de los sectores público y privado del país, a aceptar e implementar medidas de ajuste. Han tratado de persuadir al capital nacional y extranjero a que no retire totalmente su confianza a la economía argentina. Finalmente, están proponiendo una operación internacional de canje de deuda por inversiones, que no parece estar inspirando confianza entre los financistas más influyentes. Evidentemente, la crisis argentina afecta las relaciones con Brasil y pone en peligro la solidez y hasta la existencia misma de Mercosur. El pueblo argentino, por su parte, ha manifestado su profundo descontento ante los sacrificios que se le exigen, derrotando a los candidatos de la Alianza centro-izquierdista gobernante y dando mayoría en ambas cámaras al peronismo, en las elecciones nacionales legislativas del 14 de octubre.

En las elecciones presidenciales efectuadas en Nicaragua el 4 de noviembre, triunfó con mayoría absoluta el candidato liberal (centro-derecha) Enrique Bolaños, de 73 años de edad, sobre el candidato sandinista Daniel Ortega. La derrota de la izquierda quizá se explica, en parte, por la actual coyuntura mundial —simpatía hacia Estados Unidos y temor a sus posibles reacciones “anti-terroristas”— pero en mayor grado se debe a la confianza que inspira la personalidad y la trayectoria de Bolaños, y a los malos recuerdos que quedaron del primer gobierno de Ortega y del sandinismo.

Cuba fue afectada brutalmente por el huracán “Michelle”, uno de los peores de todos los tiempos. La previsión y la excelente organización y eficiencia demostradas por los servicios cubanos pertinentes permitieron desalojar a tiempo y salvar a 800.000 personas amenazadas, pero los daños materiales fueron enormes. El gobierno cubano rechazó los auxilios humanitarios gratuitos ofrecidos por el gobierno de Estados Unidos, pero propuso comprarlos con dinero, productos o servicios. Con ese motivo, se han abierto conversaciones constructivas entre los dos gobiernos, y se puede esperar que ello contribuirá a avanzar en la lenta vía hacia la normalización de las relaciones entre Cuba y Norteamérica. El clima para ello es propicio, debido a la moderación y el buen sentido demostrado por el presidente Castro en sus pronunciamientos recientes sobre la crisis mundial.

Distinta ha sido durante los dos meses pasados la conducta del presidente venezolano, Hugo Chávez Frías. Ante sus diversos fracasos, en materia política y social interna, su contundente derrota a manos de la clase trabajadora organizada en las elecciones sindicales, y su indetenible pérdida de popularidad y de aceptación, incluso por parte de los trabajadores del sector informal que constituían su baluarte principal, el presidente Chávez reaccionó en forma furiosa y agresiva, ahondando las brechas entre él mismo y todos los sectores de la población venezolana. Además, tuvo un conflicto diplomático con Estados Unidos, al censurar abiertamente las operaciones armadas de ese país en Afganistán y dejar que sus más altos funcionarios pronuncien frases ambiguas con respecto al terrorismo.

Por último, la sufrida Colombia se enfrentó a un estancamiento de su proceso de paz. Mientras internamente se prepara una posible reanudación de los combates a gran escala entre fuerzas del gobierno y fuerzas rebeldes, Estados Unidos se muestra más alerta y preocupada

que nunca ante el conflicto colombiano. En el transcurso de octubre, el gobierno de Washington incluyó en su lista de organizaciones terroristas a las FARC, al ELN y a las AUC, razón por la cual adoptará una línea muy dura contra quienquiera se muestre complaciente o amistoso hacia una de esas organizaciones.

---

#### **DEMETRIO BOERSNER**

DOCTOR EN CIENCIAS POLÍTICAS. EXEMBAJADOR DE VENEZUELA